



## PRÓLOGO

### LA DIMENSIÓN SUBJETIVA DE LOS PROCESOS DE LECTURA Y ESCRITURA

El conjunto de los trabajos ofrecidos en este número pretende ensanchar y enriquecer los conceptos de lectura, de escritura, de lector y de escritor desde una perspectiva subjetiva.

La apropiación del lenguaje escrito supone para el sujeto individual una ganancia simbólica, dada la posibilidad de compartir significaciones con el conjunto del medio socio-cultural representado, en primer término, por el espacio escolar.

Pero para que el investimento del lenguaje escrito y del arduo proceso que implica su apropiación sea posible, es necesario que el sujeto pueda adueñarse de los procesos de lectura y de escritura. Esto no solo como un instrumento para el acceso a las significaciones compartidas, sino también como un recurso capaz de darle sentido a su propia experiencia subjetiva singular.

Es así que podemos hablar de un “lector autónomo”, entendiendo por tal a aquel sujeto que, interactuando con un texto, produce una experiencia personal de construcción de sentido. Se apropia del texto, lo recrea en diferentes niveles de significación y establece un diálogo tácito del texto con sus propias creencias y valores. Este diálogo dista de ser neutro y no se limita a los aspectos lógico-rationales, puesto que, en esa confrontación con la alteridad metaforizada en el escrito, el sujeto pone en cuestión su propia identidad.

Del mismo modo, el escritor, ya sea quien se inicia en el universo de la escritura o el escritor literario o académico, pone en juego al escribir la totalidad de su dinámica psíquica. No transmite un mensaje previamente estructurado en su interior, sino que produce algo nuevo: de ese modo, la experiencia de escribir consiste en un rodeo que incluye al otro para pensarse a sí mismo. Por lo tanto, quien escribe, al mismo tiempo se escribe.

Por eso, si bien el trabajo de la escritura y la lectura está organizado por la estructura lógica y temporal del lenguaje y ordenado al servicio de la comunicación, esta legalidad -que caracteriza al sistema consciente, impuesta por la organización del lenguaje- no excluye a los procesos inconscientes, sino por el contrario los presupone como condición de posibilidad, y remite en última instancia a los procesos pulsionales que constituyen su fuente.

En ese sentido, los trabajos presentados en este volumen reflexionan acerca de las condiciones psíquicas que son necesarias para que se produzca y se sostenga este investimento del lenguaje escrito.

Alicia Kachinovsky enfatiza el poder instituyente de los relatos leídos. Considerando la identidad -ya sea en su faz individual como colectiva- como una construcción narrativa, producida a expensas de relatos que conviven y debaten entre sí, la autora postula que la participación en experiencias de lectura en el tallado de la identidad reposa en la posibilidad de significar las experiencias fragmentarias por medio de la conformación de una trama. Para que esto se produzca, es necesario que las experiencias de lectura permitan la recreación del escrito, es decir, la construcción de nuevas versiones e interpretaciones singulares y no la mera recuperación de la información literal. Con ese objetivo, analiza los resultados de una propuesta de intervención que denomina *taller clínico-narrativo*, cuya dimensión política, en tanto admite y propugna el cuestionamiento de cualquier instituido, fundamenta el poder emancipador de las experiencias de leer.

Gustavo Cantú nos muestra que no todos los sujetos son capaces de producir estas experiencias emancipadoras a partir de la lectura. En su artículo, destaca que estas experiencias implican y requieren de la puesta en funcionamiento de procesos reflexivos, que implican la posibilidad de puesta en cuestión de las certezas instituidas que tienen para el psiquismo una función identificatoria, y de procesos imaginativos, cuyo modo de funcionamiento puede hacer tambalear el orden lógico de la racionalidad que sostiene el lugar unificante del yo como eje del narcisismo. Es en ese sentido que -nos advierte- en algunos sujetos, la experiencia de leer puede aparecer obstaculizada, puesto que la lectura atenta contra la primacía racional y desestabiliza nada menos que las fronteras identitarias.

En ese mismo sentido, Daniel Camparo Avila se ocupa del caso de niños con formas de funcionamiento psíquico particulares, orientadas hacia una evasión de la diferencia. Estas formas de funcionamiento psíquico atentan contra la posibilidad de ser afectado por la lectura. En esos casos, el sujeto se defiende activamente de las interferencias del otro, por lo cual la lectura se convierte en una experiencia centrada en uno mismo. El autor pone énfasis en que para que el niño entre en el mundo de la escritura, se requiere una orientación psíquica que tenga en cuenta el principio de realidad, pero también la existencia de un otro al que el sujeto se dirige. El aprendizaje de la escritura y la lectura no se produce a través del reconocimiento de las imágenes de las letras, sino a través de la entrada en un proceso de simbolización que permite su plena utilización. En función de esto, la palabra cantada es propuesta como mediador simbólico -en función de su ubicación entre los sistemas de comunicación verbal y no verbal- susceptible de favorecer la construcción de una apertura posible en relación con la alteridad.

En el campo de la escritura, el artículo de Elenice Larroza Andersen busca investigar índices para entender el lugar de la afectividad en las estrategias de creación. Observa que diferentes dimensiones humanas están presentes en las ideas del escritor, de manera integrada, a partir del rescate de la experiencia intra e intersubjetiva. De ese modo,

propone que lo racional, lo afectivo y lo corpóreo, en un ejercicio intra e intersubjetivo, se ponen en relación de interdependencia en el proceso de creación de personajes.

Virginia Abello, por su parte, considera la práctica de la escritura como una práctica de subjetivación, y en ese sentido estudia los procesos de construcción de la identidad autoral de las académicas. Sitúa el problema en el registro de la construcción de la identidad epistémica de las autoras, lo cual cobra relevancia en el marco de las epistemologías feministas acerca de la construcción de conocimientos situados, corporizados y parciales, en oposición al universalismo y neutralidad propugnados por el paradigma de la ciencia moderna. Nos advierte entonces que los conocimientos dependen de las circunstancias desde las que se enuncian, de los cuerpos que los enuncian, de las experiencias y emociones de esos cuerpos marcados por el género. En ese sentido, a partir del concepto de construcción del *yo como autora*, señala la necesidad de otras formas de escritura académica que visibilicen a las mujeres como productoras de conocimientos y abran el abanico de identidades posibles.

Pero la implicación subjetiva en el proceso de escritura no se reduce a sus manifestaciones literarias, creativas y científicas, sino que se extiende a los inicios del proceso de construcción de la posibilidad de escribir. Dos trabajos abordan este problema y proponen, por un lado, formas de comprender los procesos implicados en los obstáculos y por otro, estrategias de abordaje en el ámbito de las intervenciones clínicas.

En el primero, María Eugenia Milano profundiza en la especificidad que cobran los procesos de escritura en el ámbito clínico. Se trata de una escritura muy diferente de la escritura escolar o la escritura funcional de la comunicación cotidiana, puesto que apunta al despliegue de la implicación subjetiva de quien escribe. En ese sentido, la *invitación a escribir* es una propuesta clínica que implica y requiere en quien escribe de procesos de ligadura tanto con el mundo interno –sus conflictos, miedos, fantasías, deseos- como con el mundo externo –en tanto la transmisibilidad supone la incorporación de las legalidades que rigen el sistema de escritura y por lo tanto una apertura a la alteridad y la diferencia. En ese sentido, la autora muestra que la escritura en el ámbito clínico ofrece una oportunidad de pensar y pensarse, de escucharse (y leerse), una nueva vía para el conocimiento de sí por el rodeo del otro implicado en la escritura.

En el segundo, Julián Grunin aborda las modalidades de construcción identitaria comprometidas en las producciones escritas que los adolescentes desarrollan, en sus cuadernos de trabajo, durante el tratamiento psicopedagógico grupal. El autor analiza tanto las formas narrativas de la escritura como aquellas ligadas al orden figurativo que los adolescentes despliegan en los márgenes de sus cuadernos. Particularmente, estas últimas merecen su atención, puesto que considera que las modalidades de escritura que integran cualidades diversas de trabajo representativo y de elaboración de la dimensión afectiva implicada en el escribir enriquecen la textura subjetiva y los recursos

simbólicos de un sujeto para crear sentidos singulares acerca de su experiencia. De ese modo, postula que el trabajo de simbolización en los márgenes instaura un espacio transicional, que bascula entre la apropiación de las formas compartidas de acceso al código secundario y la apertura de la actividad imaginativa para la creación de nuevos códigos y marcas identificantes, que se transforman en situaciones de encuentro con los otros en el encuadre de trabajo clínico grupal.

Durante mucho tiempo, el universo afectivo fue ignorado, cuando no expresamente excluido de las aulas escolares y de las teorías que se ocuparon de estudiar los procesos de leer y escribir. Pero aquello que fue excluido de las prácticas y de las teorías retorna a modo de obstáculo cuando algunas problemáticas (tales como las dificultades en el aprendizaje) muestran la imposibilidad de soslayar la dimensión subjetiva de estos procesos.

Tampoco se trata de transformar la afectividad en una moda o, más bien, en un nicho del mercado a explotar, como ocurre en algunas propuestas para el trabajo pedagógico-didáctico con las emociones. Negar los infinitos y sutiles matices de la afectividad humana es una nueva forma de ignorarla. Planificar su enseñanza es imposible por definición dado su carácter indisciplinado, su natural desorden y espontaneidad, su persistente negativa a ser regulada.

En ese sentido, los trabajos presentados en este número contribuyen a reintegrar la dimensión subjetiva de los procesos de leer y escribir en su complejidad constitutiva, poniendo en cuestión al *sujeto* que lee y que escribe. En tal sentido, el objeto de reflexión en esta edición no es el lenguaje escrito, ni los procesos constructivos que requiere su apropiación cognitivo-instrumental, sino los procesos psíquicos necesarios para que un sujeto se apropie del sistema del lenguaje escrito de modo que le permita el despliegue de su dramática psíquica de acuerdo con la legalidad organizada propia de dicho código.

Alicia Kachinovsky<sup>1</sup> y Gustavo Cantú<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Doctora en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Psicóloga y Maestra Especializada. Profesora Titular por la Universidad de la República, Centro de Investigación Clínica en Psicología (Facultad de Psicología) y Comité Académico del Doctorado en Educación (Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación). Psicoanalista. Especialista en psicoanálisis de niños y adolescentes (Asociación Psicoanalítica del Uruguay, filial de la International Psychoanalytical Association). Investigadora en temas de psicoanálisis y educación. Nivel I del Sistema Nacional de Investigadores de Uruguay.

<sup>2</sup> Gustavo Cantú. Licenciado en Ciencias de la Educación (UM) y Doctor en Psicología (UBA). Es Jefe de Trabajos Prácticos de la Cátedra de Psicopedagogía Clínica, Facultad de Psicología, UBA y Coordinador Académico de la Carrera de Especialización en Psicopedagogía Clínica, Facultad de Psicología, UBA. Investigador UBACyT categoría III.